



Juan Muñoz, Instalación en el Centro Botín, Santander, 2022.

Hemos evaluado, conjuntamente, los detalles del interior. Hemos hablado de una sola cama y un solo cuarto de baño. Una cocina para una mesa. Usted dijo: "... ningún armario. Nada donde guardar nada. Una casa como una maleta". Y a continuación añadió: "Todo acto, de por sí transitorio, es una fuga". Lo recuerdo bien porque, en ese instante, yo pensé: una fuga... un escape.

Me gustaría pedirle que no me construya un espacio así. Como una maleta: sí. Como un escondite: no.

Creo que me entiende. Como una burla de lo visible. Yo deseo una casa que sea todo menos una casa. Algo más parecido a un edificio construido por un cartógrafo. Donde cada forma encuentre su razón en otro lugar. En la distancia. Creo que me entenderá si le digo que este pabellón encuentra su verdadera razón fuera de él. Exactamente: frente a él. Exactamente en esta ventana desde donde yo miro. En este lugar desde donde yo escribo.

Así que permítame que continúe.

No quiero que me construya un pabellón donde pueda retirarme, cuando "esté harto de la vida en mi casa". Le agradecería que cambiara esas palabras por la ira que siento cuando las recuerdo.

Como dijo Stevenson: "Perdonen esta apología...", pero me gustaría, con estas palabras, hacer una rectificación de la casa. No una adición sino una corrección. Quiero una casa que me sirva de inspiración, no una casa que justifique mi cobardía. Una casa que, cuando camine entre los árboles que hay al final del jardín, explique mi deseo de trasladarme de una casa a la otra como un cambio necesario, no como un acto de recuperación. Me gustaría que rectificara usted el proyecto original y me construyera un encuentro. Llámelo pabellón, casa, edificio, morada, presencia, encuentro o como quiera. Perdóne que le haya escrito una nota tan extensa y gracias por el disco de Alfred Schnittke. Espero poder escucharlo este fin de semana.

Juan Muñoz: "Estimado amigo"

Steven Jacobs (ed.): *Works in Architecture*. Paul Robbrecht & Hilde Daem
Gante: Ludion, 1998

En la ciudad de Londres, en 1881, Robert Louis Stevenson, a la edad de 31 años, que ya entonces fue capaz de imaginar una isla llena de tesoros mientras contemplaba en la pared de su cuarto un pequeño mapa escolar, escribió: "Yo no intento parecer un poeta, tan sólo un hombre que habla. No uno que canta. Perdonen esta apología; pero no quisiera encontrarme delante de gente que sabe de música y hacerles suponer que yo no sé la diferencia".

En la esperanza de que la cita anterior me salvaguarde de malentendidos, quisiera añadir que le escribo como cliente o acaso como futuro dueño de una casa que ahora intuyo cercana. Sentado en esta mesa, desde donde le escribo, veo perfectamente la parte del jardín donde se edificará el nuevo pabellón. Entre los árboles. Casi al fondo del jardín. Casi puedo imaginar las dos alturas del edificio.

Le escribo porque a lo largo de los años, de los próximos años, esa casa, su casa, será mi casa. Porque en ella transcurrirá una parte de mi vida y no quiero algún día tener que contarme a mí mismo que no escribí esta carta. Quisiera, brevemente, en esta nota, escribirle algunas de las impresiones que he sentido a lo largo de los días. Días normales como el de hoy.

Permítame hablarle de mi casa y de su casa. Disculpe si a un tiempo hablo de mi rabia.

Su pabellón, un edificio, una construcción, a *dwelling*, una casa, un pabellón... Las palabras no importan. Lo que importa es la rabia. La rabia que ahora siento. Ahora, de pie. Mirando a través de esta ventana. Entre los árboles. Al fondo del jardín... Recuerdo, ahora, aquella frase que le dije y con la que buscaba explicarle la casa tal y como yo la veía. Espero me disculpe este tal y como yo la veía. Recuerdo que, literalmente, le dije: "Si me harto de la vida en mi casa, siempre puedo retirarme al pabellón y quedarme allí un rato". No le dije: "Si me harto de mi vida en mi casa". Debí creer en ese momento o acaso todavía lo crea, al igual que los amantes aburridos confían en las habitaciones de hotel, que cambiar de casa era también cambiar de vida.

En algún libro que ahora se ha perdido en los anaqueles de mi memoria recuerdo haber leído que los lugares más memorables ni se refieren a sí mismos ni representan algo fuera de ellos, sino que buscan el encuentro con otra individualidad. Quizá la memoria me traiciona y soy yo quien ha pensado en esa imagen del encuentro que ahora se me mezcla con otras tantas. Un pabellón. Un lugar. Una habitación. Un encuentro.

Le digo esto porque no quisiera parecer indiferente a los planos y dibujos que usted me ha enviado esta mañana. Le agradezco la compleja planta baja que se define a través de esa única e interminable ventana francesa, repetida por todo el perímetro. Le agradezco ese sutil juego con la memoria.

¿Le estoy pidiendo con esta carta que me construya una casa alegórica? Si es eso lo que ha entendido, perdóneme por haberme explicado mal.

No me preocupa si esa casa, ese lugar, ese edificio es o no es moderno, nuevo o antiguo frente a otros edificios, si sus formas han existido antes o nunca han sido conjugadas de igual manera. Si construir las ventanas es terriblemente difícil... o su interminable repetición circular es un reflejo de su abrir y cerrar. Lo que importa, lo que me parece esencial, es que esa casa... para mí... es... al igual que mi rabia... necesaria.



Juan Muñoz. *Untitled (Conversation Piece Figures, Group of 4)*, 1992.

No sonría. Se lo repetiré por si acaso no me ha entendido o no me he explicado bien: yo no quiero salir de mi casa y cruzar el jardín para encontrar allí lo que no tenía aquí. Cuando me levante de este salón, desde el que ahora escribo para cruzar el jardín y llegar al pabellón, no quiero dejar mi casa como un hombre viejo que se debate entre el deseo y la imposibilidad... me entiende... no. Yo no quiero que usted decore mi imaginación. Que me dé lo que yo no tengo. No quiero una casa que sea un estúpido rincón donde esconderse. Yo quiero cruzar, en la noche, este jardín y caminando entre los árboles, acercarme a su edificio y encender las luces y allí encontrármelo.



Juan Muñoz. *Double Bind*, 2000.

Durante estos últimos meses de búsqueda incesante, hemos pasado horas hablando de este proyecto o de la historia de Flandes y también de mi trabajo como hombre de negocios. De dinero, de política y de la música de Schubert. Y he aprendido que en las casas no se refleja el discurso de los clientes. Recuerdo que hablamos de unir las plantas a través de unas habitaciones que se comunicaban entre sí. Yo hablaba de relación funcional y usted del cielo en cuanto dibujo y en cuanto a volumen flotante. Y en ese momento percibí el abismo que existe entre el diseño y la construcción.